

José Martí: la construcción del imaginario americano

Por Dra. Lourdes Ocampo Andina

Dice José Martí, que:

Conocer diversas literaturas es el medio mejor de liberarse de la tiranía de alguna de ellas: así como no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos, y ver como en todos palpita el mismo espíritu, sujeto a semejantes accidentes, cualesquiera que sean las formas de que la imaginación humana, vehemente o menguada, según los climas, haya revestido esa fe en lo inmenso y esa ansia de salir de sí, y esa noble inconformidad con ser lo que es, que generan todas las escuelas filosóficas.¹

Efectivamente a Martí no se le puede encasillar en ninguna corriente literaria; como él mismo declara y se puede apreciar en toda su obra y explícitamente en sus apuntes, las fuentes de que bebe para la escritura de sus textos son de muy variada índole: desde la literatura griega, pasando por la española de los Siglos de Oro, la alemana, inglesa, rusa, movimientos románticos, en fin de todo lo escrito anteriormente que alcanzó a conocer, que por cierto fue mucho.

Se expresa desde una tradición, particularmente suya: la hispanoamericana, en su caso matizada por un importante aspecto, su realidad colonial cubana vivida en gran parte desde el exilio, pero armónicamente articulada con la tradición europea, y que a su vez es deudora del mundo indígena y del africano. Las asume desde la perspectiva de una problemática propia, suficientemente robusta para responder a la múltiple incitación, con lucidez. Como afirma Roberto Fernández Retamar: “lo que Martí inicia no es una escuela, ni un movimiento, ni siquiera (exclusivamente) un período de la literatura hispanoamericana. Lo que inicia es la toma de conciencia de una época: una época histórica, con su correspondiente literatura.”²

¹ JM: “Oscar Wilde”, en *La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882, OC, t. 15, p. 361.

² Roberto Fernández Retamar: “Naturalidad y novedad en la literatura martiana”, en *Valoración múltiple*, antología realizada por Ana Cairo, tomo 2, Casa de las Américas, La Habana, 2007, p. 444.

Propone como parte de la identidad continental una mirada multicultural, propia de la América Latina, formada por tradiciones coexistentes. Por medio de su singular concepción filosófica, en la que los procedimientos de la analogía universal prevalecen, se encamina a condensar el espacio poético y da lugar al símbolo como lenguaje de la poesía.

José Martí, sin obviar la heterogeneidad que constituye la cultura continental, incluye en su discurso las voces de la otredad. Hay una síntesis en la presentación de las imágenes referidas a *nuestra América*, pero no transculturación ni mezcla, sino una avenencia de culturas no antagónicas, diferentes.³ Los saberes, variados y diversos, que trajeron los conquistadores consigo, como se conoce, no influyó igual en todas las regiones, la población autóctona la asumió de maneras diversas, en algunos lugares, coexistieron ambas, en otros se sincretizaron.

Ya en el año 1877 José Martí opta por la fundación de una escritura latinoamericana,⁴ que recogiese las esencias del continente. Establece el concepto, *nuestra América*, que definirá su quehacer literario y su obra política. Fundará, junto con autores, como Manuel Gutiérrez Nájera, o Julián del Casal, entre otros, una literatura 'extraña', diferente a la española, pero también diferente a la indígena, una literatura que atrape la esencia mestiza del continente.

Martí describe en varios de sus ensayos y crónicas, una brecha entre el artista y la sociedad, que da origen a una crisis cultural y a un descentramiento

³ Según Fernando Ortiz, "Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra,—en Martí no apreciamos una mezcla de culturas, no hay tránsito de la cultura occidental, cristiana, a la indígena, aunque sí hay una síntesis de las culturas indígenas, que las engloba en una sola, Martí incluye a 'todas' las culturas del continente en sus textos— porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *aculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente,— no hay pérdida de valores indígenas, sino que al incluirlas, en una misma imagen, a las cosmovisiones occidental e indígena, le otorga a ambas igual valor, como parte de la identidad cultural latinoamericana— lo que pudiera decirse una parcial deculturación, y, además significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de neoculturación. Al fin, como bien sostiene la escuela de Malinowski, en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de individuos: la cultura siempre tiene algo de sus progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. —no hay mezcla de culturas, sino igual valoración de ambas—. En conjunto, el proceso es una transculturación, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola."³ Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963, p. 103.

⁴ Por Latinoamérica entendemos a la América de habla española, basándonos en los criterios martianos relacionados con el idioma.

general, característico de las transformaciones profundas de la historia humana, las que se manifiestan periódicamente en los estilos de pensar y de crear como el renacentista, el barroco o el romántico. En América, entre 1875 y 1885, aparecen los primeros síntomas de una disgregación sociocultural de la amplitud de estas tres transformaciones.⁵

La obra literaria martiana, si en lo literario incluimos también a la crónica, responde a una consciente voluntad renovadora, a un deseo, y más que deseo, a una necesidad de buscar una expresión puramente americana, reflejo de lo que él entiende por América, y que clama desde su estancia en México:

No somos aún bastante americanos: todo continente debe tener su expresión propia: tenemos una vida legada, y una literatura balbuciente. Hay en América hombres perfectos en la literatura europea; pero no tenemos un literato exclusivamente americano. Ha de haber un poeta que se cierna sobre las cumbres de los Alpes de nuestra sierra, de nuestros altivos Rocallosos; un historiador potente más digno de Bolívar que de Washington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo.⁶

Su escritura corresponde a un pensamiento y a un estilo. Se quiere dotar a la literatura americana de una expresión propia. Tiene una función liberadora, pues su autor se propuso alcanzar un discurso que integrara una nueva expresión, profundamente americana, con lo esencial de la conciencia del continente, pero que a su vez trascendiera cualquier experiencia vital y buscara la armonía del universo, de un amor pleno, y para alcanzarlo afrontara los dolores y sufrimientos del camino y hallara, en medio de la oscuridad, la luz que ofrece el poeta y la poesía, convertidos en vehículo de redención humana, y en una plena manifestación de amor. La poesía une a los hombres y a la sociedad entera y apunta al mejoramiento individual y social del ser humano:

⁵ Cfr. Evelyn Picon Garfield e Ivan Schulman: *Las entrañas del vacío: ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, Ediciones Cuadernos Americanos, México D. F., 1984, pp. 22 y 23.

⁶ José Martí: «El proyecto de instrucción pública. Los artículos de la fe. La enseñanza obligatoria» (*La Revista Universal*, México, 26 de octubre de 1875), *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 6, p. 352. (En lo adelante OC).

no vale quitar unas piedras y traer otras, ni sustituir una nación estancada con una nación prostituida, ni sacarse el corazón y ponerse otro de retazos, con una aurícula francesa y un ventrículo inglés, por donde corra a regaños, con sus glóbulos de sueño, la sangre española; sino que es la caldera de la tierra, y con sus carbones se han de hervir los allegados extranjeros, de modo que tomen el sabor del país, y no le hurten más de lo que le den, ni le mermen las dos fuerzas nacionales que a todas las demás completan y coronan, y son como la sal y la levadura de los pueblos: la originalidad y la poesía.⁷

Basado en una concepción autónoma del lenguaje lírico, integra al hombre, la naturaleza y la historia. Los factores objetivos y subjetivos del pensamiento y de las emociones humanas llegan, a través de las visiones totalizadoras engendradas por la conciencia del poeta, a la plenitud de su condición real. Estas visiones martianas constituyen enunciaciones verbales de representaciones gráficas que, condensadas por la conciencia, responden a un único proceso de interpretación de la realidad en su sentido más amplio. La teluricidad mana por doquier: “El poder de contagiar y extenderse provenía de su participación en lo primigenio: la palabra está en ellos en todo su hervor, a medio salir de la bravía forja, la luz sale de ella despedida, como de la rojez del fuego la chispa blanca que ciega”.⁸

Entre los objetivos de Martí está representar —y de esta manera validar ante el mundo y ante América misma— lo estrictamente nacional, lo autóctono; para ello se vale especialmente del lenguaje, pues la lengua refleja el carácter y la idiosincrasia de un pueblo determinado, por tanto escribe de manera que su texto sea la esencia misma de América, esencia que reconstruye a lo largo de su vida a partir de los apuntes que realiza. Como acertadamente escribe Cintio Vitier los símbolos la selva y el volcán constituyen la nueva forma de plasmar la americanidad, por otro su carácter telúrico, a lo que se le añade el de la lava:

⁷ JM: «Tipos y costumbres bonaerenses» (*El Partido Liberal*, México, 3 de octubre de 1889), *OC*, t. 7, p. 358.

⁸ Fina García Marruz: «Los Versos de Martí», en Cintio Vitier, Fina García Marruz, *Temas martianos. Primera serie*, ob. cit., p. 247.

“la idea de la irrupción histórica como rasgo esencial de lo hispanoamericano, es una constante que en el proceso de su obra se enriquece y engrandece”.⁹

La idea martiana de la literatura nacional está fundamentada en la búsqueda de la identidad latinoamericana basada en la síntesis histórica, recuérdense las célebres palabras de “Nuestra América”: “Injértense en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.¹⁰ Desde épocas tempranas como 1875 reconoce la necesidad de una literatura propia: “Un pueblo nuevo necesita una nueva literatura. Esta vida exuberante debe manifestarse de una manera propia. // La literatura es la bella forma de los pueblos. Con pueblos nuevos, ley es esencial que una literatura nueva surja.”¹¹ Para Martí lo identitario radica en la recapitulación del pasado americano con el progreso moderno y la originalidad de los caracteres propios.

En la segunda mitad del XIX se reconoce la lengua como elemento unificador, parte de la cultura hispanoamericana. Dice Martí: “Lengua áurea, caudalosa y vibrante habla el espíritu de América, cual conviene a su luminosidad, opulencia y hermosura”.¹² Advierte que en América, junto a la necesidad de un gobierno acorde a la constitución física y espiritual del continente, se impone la urgencia de crear nuestra literatura. Uno de los primeros pasos para elevar la categoría de las letras americanas, consiste en transferir a la literatura la naturaleza y el entorno humano que le son propios, pero Martí no se conforma con una mera representación de los motivos literarios hispanoamericanos,¹³ sino que aspira a que los autores elaboren una forma propia, un lenguaje de inconfundible acento americano. La completa independencia llegará cuando la esencia del continente tome cuerpo en un discurso poético distinto del que España le proporciona.¹⁴ La literatura se enfrasca en: “la búsqueda de lo insólito, los cercamientos bruscos de elementos disímiles, la renovación permanente, las audacias temáticas, los

⁹ Cintio Vitier: “La irrupción americana en la obra de José Martí”, en *Temas martianos. Segunda serie*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 10.

¹⁰ JM: *Nuestra América*. Edición crítica, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, pp. 17-18.

¹¹ JM: *OCEC*, t. 2, p. 39.

¹² JM: “Rafael Pombo”, en *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, t. 7, p. 408.

¹³ El costumbrismo, los motivos de la naturaleza americana, etc.

¹⁴ El proceso de formación de la literatura latinoamericana es complejo, para muchos estudiosos comienza con el *Diario de Cristóbal Colón*, que plasma ya una diferenciación con respecto a Europa a la hora de describir otra realidad. En todo caso asistimos, hacia los finales del XIX a la consolidación de los fundamentos de esta literatura.

registros de matices, la mezcla de sensaciones”¹⁵ eran también esencia de las transformaciones sociales finiseculares¹⁶ y de la experiencia periodística, interpretada como una embrionaria profesionalización del escritor.

Los primeros apuntes que se conservan de José Martí, excluyendo los cuadernos, datan de 1875, de su estancia en México, donde la idea de la identidad americana se define en oposición a Europa. Este primer apunte versa sobre la situación americana, y que constituye el fragmento 284 del tomo 22 de las *Obras completas*, está conformado por una serie de notas sobre la abolición de la esclavitud a un lado y otro del Atlántico, relacionándolo con las haciendas azucareras. Como vemos unas de las primeras ideas que se maneja es la de la libertad del hombre. Y junto con ella, se pasa a la idea económica, de la que la esclavitud es un tema más: las cuestiones del librecambio o el proteccionismo, nota que ha permitido fechar el fragmento por un párrafo que sirvió de base para el Boletín escrito para la *Revista Universal*, el 25 de septiembre de 1875.

La incorporación de los elementos europeos contrastados con los americanos la podemos apreciar como una constante: “de nuestras aguas estáis bebiendo, sobre n/ ciudades levantasteis vuestras ciudades, y vuestras imágenes son de madera, y las nuestras son de piedra. León teníais, y Salamanca y Burgos, porque Sevilla y Granada y Toledo son moras, Cholula, Chichén, Uxmal, Tenoch, Uxatlán” y si bien la comparación se realiza con ciudades españolas, luego se extiende más allá y relaciona las culturas indígenas con la hindú: “Solo a los hindús se parecen las esculturas americanas, tan ricas en revueltas curvas, en extraños adornos, en menudos detalles que parecen las plumas de la piedra”.¹⁷ Pero entre las comparaciones y escritos puramente americanos, aparecen notas de *La Ilíada*, que estaba leyendo en una traducción inglesa.

La construcción del imaginario americano responde a sus criterios de autoctonía, de no rechazar valores foráneos, pero que la base debe ser americana. La literatura fue entendida como un hecho didáctico, se esperaba

¹⁵ Susana Rotker: *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1992, p. 13.

¹⁶ Inserción en el mundo laboral capitalista, en su mercado, el reconocimiento político de las nuevas naciones, el vislumbrar los nuevos actores en las relaciones internacionales y sus presiones sobre las distintas áreas de América Latina, léase Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania.

¹⁷ JM: “Fragmentos”, en *OC*, t. 22, p. 27.

que operase sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso de las nuevas sociedades, no solo como un mero hecho estético.

Se requiere una conceptualización de lo nacional—entendiéndose a la América Hispana como una gran nación—en la lengua y en la literatura. Pero los parámetros de lo ‘nacional’ y de lo ‘autóctono’ no son homogéneos en todos los pensadores. Martí se suma a la búsqueda identitaria a partir de los elementos autóctonos, en busca de las esencias del continente.

Por ejemplo en el “[Diario de Izabal a Zacapa]” va más allá de la concatenación de hechos y experiencias casuales, vinculadas a la persona de José Martí; se convierte en un exponente del proceso de formación y validación de la identidad y la variedad americana de la lengua española, y del proceso escritural de su autor. Está orientado, hacia “un afán legitimador de lo americano en el discurso literario —es decir, su urgencia por inscribirlo, documentarlo, testificarlo y despertarlo—, no solo en lo referido a su peculiar naturaleza sino, en especial, respecto al plano sociocultural.”¹⁸

Y es que, para Martí, lo americano en la literatura es ante todo, la búsqueda de la expresión autóctona, que recoja la esencia de la cultura y del hombre americano. En su visión del Universo, la historia, entendida como el ámbito donde el hombre se mueve, y la naturaleza, se encuentran muy relacionados, pues la naturaleza es el *bálsamo purificador*, donde el hombre —Martí en este caso— toma conciencia de la constitución armónica del mundo. El viaje de Martí hacia Guatemala, que refiere en dicho diario, por el entorno americano, es simbólico: en ese lugar espera encontrar armonía, paz y bonanza económica, parte de México, donde se ha desestabilizado, viaja en busca de la purificación, en contacto con gente de la tierra, alejada de las ciudades.

Y dentro de la legitimación de lo americano, el lenguaje ocupa un lugar privilegiado. Pues para él, el español americano es reflejo de “nuestro carácter autóctono, de nuestro clima y abundancia, de nuestra educación mezclada, de nuestro cosmopolitismo literario, de nuestros hábitos fieros e independientes, de nuestra falta de costumbre de reglas largo tiempo imperantes, de nuestro

¹⁸ Carlos Javier Morales: *La poética de José Martí en su contexto*, Madrid, Editorial Verbum, p 85.

amor natural, como reflejo de nuestra naturaleza, a la abundancia, lujo y hermosura.”¹⁹

Nuestra lengua dio unidad, dentro de la diversidad geográfica y cultural americana a los primeros asentamientos que fueron surgiendo en este continente debido al proceso de colonización hispánica y a las futuras naciones: “con los pueblos vinieron sus lenguas, pero ninguna de ellas pidió más que la nativa española”.²⁰ Esa es la razón por la cual hoy somos un grupo de naciones vinculadas no solo por lazos económicos o políticos, sino por lazos mucho más profundos: lazos culturales y lingüísticos enraizados. De este modo, nuestra lengua materna se conforma como sello distintivo inserto en la diversidad hispanoamericana.

¹⁹ JM: “La lengua española en América”, en *OC*, t. 15, p. 443.

²⁰ JM: “Tipos y costumbres bonaerenses”, en *El Partido Liberal*, México, 3 de octubre de 1889, *OC*, t. 7, p. 358-359.